

Aparece Muskie

UN sastrecillo polaco, Marciuszewski, se estableció en Rumford, Maine (centro textil) y allí tuvo un hijo, Edmundo. Emigrante y católico, tenía pocas oportunidades. Creyó que su nombre le perjudicaba (error: véase Brzezinski, en el mismo caso), y lo cambió por el de Muskie. Admond Muskie acaba de llegar a la

Secretaría de Estado, después de la espectacular dimisión de Cyrus Vance. En su biografía, un doctorado en Derecho, unos años de abogado en ejercicio en un pueblo, servicio militar en la guerra como oficial de Marina y un principio de carrera política, a ser desmovilizado, en su Estado natal. A los cuarenta años llegó a ser el primer gobernador demócrata del Estado del Maine, después de veinte años de gobernador republicano; en 1958 fue el primer senador demócrata de toda la historia de ese Estado. En el Senado, Johnson se fijó en él y le fue elevando. En 1968 figuró como candidato a la Vicepresidencia con Humphrey de Presidente: la candidatura fracasó. En 1972 aspiró a ser Presidente, frente a Nixon: no lo consiguió.

En todas sus campañas, en sus trabajos como senador, se ha ganado fama de liberal, de integracionista, incluso de kennediano. Su elección por Carter en estos momentos, cuan-



El nuevo secretario de Estado, Edmond Muskie, con el Presidente norteamericano, en Camp David.

do Muskie tiene ya sesenta y seis años — nació el 28 de marzo de 1914— parece indicar un deseo de contrapesar otra vez —como ya lo hacía Vance— el belicismo de Brzezinski; Muskie sería, en este caso, la paloma. Un cargo difícil para este tiempo y para el que se avecina.

Durante su estancia en Madrid, Nixon ha dicho que Brzezinski y Muskie tenían una cosa en común: el mal humor, el mal genio. Podría emplearlo en enfrentarse con Brzezinski. En otros tiempos no vacilaba en oponerse al poder: frente al propio Johnson, su padrino político, cuando éste sometió al Congreso la ley sobre la organización de las villas y Muskie se opuso en el Senado y obligó a reformarla según sus propios proyectos (se le considera un especialista en cuestiones urbanas). Todo ello le hizo ganar fama de independiente. Veremos si la mantiene. ■

J. ALDEBARAN.

Brown, Blumenthal, Cyrus Vance y Brzezinski. Entre éstos eran los dos últimos las figuras fundamentales. Vance, en su condición de "superlawyer", procedía del poderoso grupo de presión que forman los abogados de Wall Street; Brzezinski, como ya queda dicho, representaba el trilateralismo en sus más altas instancias.

Entre Vance y Brzezinski hubo desde el principio un enfrentamiento táctico que con el tiempo se convirtió en real. Brzezinski había trazado las líneas generales por las que debía discurrir la política exterior americana: de un lado, la teoría de los derechos humanos, el avance de un diálogo con el mundo comunista; por otro, la intensificación de los medios para influir "sobre las conductas sociales de los hombres", tema que le es especialmente querido. Vance, en su papel de paloma, llevará adelante con el propio Carter la campaña de los derechos humanos y las conversaciones SALT. Brzezinski se

ocupará personalmente de temas tales como los disidentes soviéticos, el "eurocomunismo" (en el que cree descubrir posibilidades de disgregación del campo marxista), la reactivación de los núcleos religiosos y nacionalistas en el campo enemigo, etcétera.

El resultado real es la guerra fría de nuevo. Las propagandas insidiosas, el apoyo a los refugiados que pregonan las injusticias padecidas, la repentina actividad de las minorías produce una reacción de signo contrario en los países comunistas que mueven sus peones en sentido paralelo. Por otro lado, el evidente reforzamiento de la OTAN y la cada vez mayor alianza "estratégica" de China con Japón y Estados Unidos lleva a la URSS a intentar aventuras exteriores que le proporcionen un respiro antes de quedar atrapada en la proyectada tenaza del consejero de Seguridad de Carter.

Brzezinski se siente orgulloso de su paciente labor. Dice en una reciente entrevista:

"Hemos conseguido avances significativos, hasta el punto de haber roto el aislamiento en que había quedado Estados Unidos en el curso de los años setenta. Hoy día nuestras relaciones con América Latina, con los países africanos y con China son mejores que hace cuatro años... Desde el punto de vista estratégico hemos contribuido a infundir nueva vida a la OTAN, estamos preparando a las fuerzas de intervención rápida y hemos incrementado en términos reales nuestros gastos militares. En resumen, hemos comenzado a corregir las tendencias negativas que eran tan evidentes antes de la llegada de Jimmy Carter a la Casa Blanca". ("El País", 24-IV-80.)

Estas declaraciones, resumen de su actividad en cuatro años, precedían en sólo unos cuantos días el tremendo desastre del intento de rescate de los rehenes americanos en Teherán.

El hecho es que la estrategia de influencia en las "con-

ciencias políticas" ha sido más bien poco efectiva. La masiva propaganda antisoviética ha producido, desde luego, una radicalización ideológica en el mundo occidental, pero los cambios en los países socialistas no han sido perceptibles. En cambio, la URSS ha respondido con el pragmatismo en casos tan claros como el de Afganistán, afrontando una propaganda adversa que por haber sido puesta en marcha con meses de antelación apenas ha tenido un efecto apreciable.

Así, lentamente, Brzezinski, en opinión de muchos observadores americanos (diversos editoriales del "New York Times" han sido escritos estos días en tal sentido), ha ido radicalizando su postura inicial y cansándose del doble juego de palomas y halcones, que estaba en el fondo dificultando la política de dureza sin paliativos que creía necesario llevar adelante. El enfrentamiento final con Vance hay que encajarlo en tal sentido y los puntos de poder que parecían estar inciertos se han inclinado finalmente a su favor.

Por otro lado, la necesaria reactivación de los servicios secretos americanos ha tropezado con dos fuertes obstáculos. Uno es el de su estructura anterior, ligada a intereses no siempre trilaterales; otro, y más importante, es la propia conducta del consejero de Seguridad, que al parecer toma cualquier objeción a sus planes como cobardía y falta de colaboración. En opinión de un destacado miembro de la CIA, uno de los motivos del fracaso de la acción en Teherán fue que nadie en los servicios de información del Ejército ni de la CIA se atrevió a decirle a Brzezinski que no habría un solo iraní que secundara su acción. Cometía así el mismo error de Allen Dulles en lo de Bahía de Cochinos.

La crisis de Irán ha tenido malas consecuencias para el Gobierno trilateral, pero ha venido a demostrar una cosa al menos: quién manda en la Casa Blanca. Las palabras, las posturas arrogantes de Brzezinski en estos últimos días lo han dejado claro. Hoy por hoy lo que se ha venido llamando la etapa trilateral o la de la tecnocracia se confunde en la Historia con ese supercerebro de la misma que es Zbigniew Brzezinski. ■ R. S.